CAPÍTULO XXI. *De la preparación y aparejo con que los indios comulgan, y de la devoción de los tlacelianes que son los que reciben el sacramento de la comunión, y de algunos casos con que ha querido Dios confirmar los ánimos de éstos nuevamente convertidos*

A DIJE ANTES CÓMO EL PRIMERO que recibió de los indios este sacramento fue un don Juan, natural de el pueblo de Quauhquechula, y después referimos en la carta de aquel religioso de Tlaxcalla, con cuanta devoción, reverencia y edificación habían comulgado en aquella ciudad algunos una Pascua; y el aparejo con que algunos comulgaban en aquellos principios no era como quiera, sino que se disponían con mucha oración, ayunos y limosnas (los que tenían posible con que hacerlas), y los que comulgaban fuera de la Cuaresma, primero ayunaban una semana. Indio hubo que en la Cuaresma, juntamente con su mujer, disponiéndose para comulgar en la Pascua, ayunaba toda la Cuaresma, no comiendo cosa alguna los lunes, miércoles y viernes, y sola una vez los martes, jueves y sábado. Y aun en el tiempo presente, con haber pasado tantos años después de su conversión, no son todos los que comulgan (al menos en los pueblos que nosotros los frailes de San Francisco tenemos cargo de la doctrina, como decíamos en el capítulo pasado), y esto no porque no querríamos que todos comulgasen, pues Dios es rico en misericordia a todos aquellos que devotamente le llaman,[1] disponiéndose a ello, que harto los llamamos, convidamos y persuadimos, a lo menos a que todos le pidan para cumplir con su obligación y que el confesor después vea lo que a cada uno le conviene; pero no son todos los que se disponen, y no sé si lo causa que como son tan miserables y pobres, y andan alcanzados de tiempo y de todo lo demás, y con las muchas cargas temporales no pueden alear, ni cobrar resuello para disponerse a lo espiritual y aficionarles a ello; provea el Señor de este espíritu que a ellos les falta y les dé el esfuerzo y ayuda que conforme a su mucha flaqueza han menester. Los que de los indios comulgan hacen su confesión uno y dos y aun cuatro y seis días antes de el que han de comulgar, y para llegarse a la comunión se reconcilian, o lo dejado por olvido en la confesión pasada o lo cometido de nuevo; aunque podré afirmar de muchos que he confesado, en muchos años que ha que los confieso, que después de haber hecho la confesión hasta la reconciliación no han cometido pecado. Si esto corre en general entre nuestros españoles, díganlo con verdad los ministros. Tanto como esto se guardan estos naturales para recibir el cuerpo de Cristo nuestro señor, y ninguno he confesado (y pienso que los demás ministros dirán lo mismo) que venga a la confesión el mismo día que ha de comulgar, y de los nuestros españoles hay muchos que con sólo hacer la confesión de todo el año aquella mañana, les parece que van

[1] Ad Ephes. 1.

santificados y llegan a recibir la comunión con mucha satisfacción de limpieza, siendo la memoria tan flaca que lo que ayer se hizo hoy se olvida, cuanto y más lo hecho y perpetrado en un mes y dos, y en todo el año. Yo puedo decir que un Jueves Santo por la mañana, estando estudiando con mucha priesa para haber de predicar la preparación de este santo sacramento, así a los indios como a los españoles, me llamaron para una reconciliación, y pensando que lo era no lo rehusé y salí de la celda a ello, y encontrándome con el penitente (o impenitente por mejor decir) me dijo: Óigame padre dos palabras, y a las primeras, como es costumbre, le pregunté cuándo se había confesado, y me dijo que el Jueves Santo pasado, y que después de aquella confesión no había hecho otra, y diciéndole que yo estaba de priesa y que su confesión quería espacio me dijo que quería comulgar con los demás y que le oyese; con la priesa que yo tenía díjele que aquélla no podía ser confesión sino confusión y lo dejé y me fui; y cierto es así verdad que él era hombre libertado y de opinión trabajosa en el pueblo, porque se vea si estos indios, aunque los tienen por indignos de este sacramento, no son más dignos de él que este español referido.

La mañana que comulgan los indios se juntan todos y vienen vestidos de limpio y con las mejores y más galanas ropas que tienen, y congregados se les lee la preparación de este santo sacramento, a la cual están muy atentos, y si hay quien, les predica luego o después en la misa después de dicha en general la confesión. No comulgan la Cuaresma todos el Jueves Santo, sino desde la primer semana los que son de comunión vienen el sábado (porque no sería posible, en especial en pueblos grandes, que todos comulgasen aquel día) y aunque sea día de trabajo en el que comulgan, no trabajan, antes después de la comunión se están en la iglesia hasta que se cantan las vísperas; y acabadas se van a comer y luego a las dos vuelven a la iglesia y se están rezando y contemplando hasta dichas completas, las cuales acabadas se van con mucha devoción a su casa. Es caso de notar que todo el tiempo que están en la iglesia, después de haber comulgado, no parlan ni hablan unos con otros sino cada uno o mirando las imágenes o los ojos bajos al suelo pasan en silencio las horas que gastan en la asistencia de el templo. Si cuando se llegan a comulgar se les acuerda alguna cosa que les causa escrúpulo se van a buscar confesor para confesarla, o si no pueden o no lo hay, hacen que les oiga el que les está administrando el sacramento, que todo esto arguye devoción, temor y reverencia, y ninguno hay de éstos que comulgan, séase hombre o mujer, que no sepa muy bien, no sólo la doctrina cristiana, como son las cuatro oraciones, mandamientos y artículos, pero también el misterio que reciben y otras muchas devociones concernientes a esto y muy de memoria, caso confusible para muchos españoles, que no sé si aun lo forzoso y necesario saben, y a ninguno de éstos no se les ha de negar y lo han de merecer, o por andar con capa parda o negra. Si los que comulgan y están enfermos ya se han confesado otro día antes, o en su casa para recibir el santísimo sacramento, lo traen a la iglesia, porque si no es a la gente muy calificada y que tiene decencia en su casa para llevársele, todos vienen a la iglesia; pero es maravilloso el cui-

dado que los indios tienen con sus enfermos, porque los traen algunas veces sus deudos en hombros, otras los vecinos y parroquianos, que son los de su barrio; y, para mayor descanso de el enfermo, lo traen en unas andas pequeñas de madera, donde vienen acostados y abrigados; otros en hamacas, que son unas redes grandes, colgadas de un palo largo, que uno delante y otro atrás la llevan dos en sus hombros. Y al que no está muy enfermo o no tiene quien le ayude, tráelo uno solo a cuestas, y éstos suelen ser por la mayor parte forasteros o muy pobres.

La devoción con que muchos de estos indios comulgan es muy grande, y ha querido Dios confirmarla con algunos milagros que en orden de esto han acaecido. Cuenta el padre fray Toribio Motolinía, que en la ciudad de Huexotzinco adoleció el año de 1528 un mancebo, ya casado, de los que se habían criado en la iglesia, llamado Diego, hijo de Miguel, hermano de el señor de aquella ciudad, y después de haberse confesado en la enfermedad que estaba, deseó recibir el santísimo sacramento de la Eucharistía y lo pidió una y muchas veces con mucha instancia, y como no se lo daban afligíase mucho; y continuando en sus ansias y deseos vinieron a él, a deshora, dos frailes franciscos y le dieron el santísimo sacramento, el cual recibió con grande devoción, y luego desaparecieron, y el enfermo quedó muy consolado. Entró su padre en el aposento donde estaba y otros con él a darle algo que comiese, y diciéndoselo, respondió que ya había comido lo que él deseaba y había menester y que no había de comer más porque estaba muy satisfecho; el padre, maravillado de sus razones y de verle tan sosegado y sin las ansias de la continua petición que hacía por el santísimo sacramento, le preguntó que ¿qué había comido, o quién le había traído de comer? A lo cual el hijo respondió: ¿No vistes aquellos dos padres que salieron de aquí ahora? Pues aquéllos me dieron lo que yo deseaba y tantas veces había pedido, que era el sacramento, y dende a poco falleció llevando el matalotaje consigo que es necesario para hacer esta jornada; y pienso yo que le fue administrado por voluntad de Dios, de los gloriosos padres San Francisco y San Buenaventura, que debieron de ser aquellos dos religiosos que entraron a consolarle, porque fueron los que de mi orden sabemos que más reverencia mostraron a este santo sacramento mi padre San Francisco, no queriéndose ordenar de misa, con ser tan limpio por saber por revelación divina la mucha limpieza que pide en un alma su recibimiento, y así se quedó diácono y no pasó a más; y el seráfico doctor, por cuanto siendo sacerdote no quería celebrar, temiendo lo mucho que se debe aparejar el que lo recibe, y estos que tanto lo estimaron serían los que a este mancebo se lo trajeron, porque vendrían con el fervor que pide su acatamiento, y a consolar aquel hijo que sus frailes habían convertido, los cuales por cobardía (por ventura pensando que no tendría disposición suficiente para recibirlo) dejaban de dárselo, y porque llevase este consuelo; y así fue verdad que no comió más pan material, después de haber recibido el sacramento, hasta el reino de los cielos, donde hay con la presencia de Dios verdadera hartura; y es de creer fue allá siendo verdad, que comulgó por este modo.

En Tzintzontza, que es en el reino de Mechoacán, sucedió, que estando un día solemne fray Pedro de Reina, guardián de aquel convento, dando el santísimo sacramento a mucha gente, ayudándole a la misa fray Miguel de Estivales, fraile lego y de mucha virtud y religión, vio el dicho fray Miguel cómo de entre las formas consagradas se había levantado una y que volando por el aire se fue a la boca de una india de las que esperaban la comunión, y ella la recibió devotamente; viola también volar el guardián y entendiendo que se le había caído en el suelo, y queriéndola buscar le dijo fray Miguel, que le ayudaba a misa, cómo él había visto que la forma se había ido derechamente a la boca de la india que la había recibido; llegóse a ella el guardián, para satisfacerse de el caso, y la india le dijo cómo ya la había recibido y consumido. Esta india era muy buena cristiana y devotísima del santísimo sacramento, y el fraile, que dijo todo esto en muchas ocasiones, lo afirmó también por juramento y debajo de obediencia que le impuso el padre fray Pedro de Vargas, siendo guardián de Huexotzinco el año de 1591; lo cual paso ante escribano público que de lo dicho dio testimonio y su testimonio se debe creer por verdadero porque yo conocí al dicho fray Miguel de Estivales, y siempre vide en él grandes muestras de santidad, como decimos en su vida, y cuando hizo esta declaración era de edad de más de ochenta años y murió de más de noventa, y sucedió este caso el año de 1540. No se dice más del glorioso doctor, ya citado, San Buenaventura, que temiendo recibir el santísimo sacramento, por la reverencia que le tenía, oyendo misa siempre y adorándole en ella, una vez se le vino del altar y lo recibió con gran devoción. Y de Santa Catalina de Sena se dice que el mismo Dios se le vino a la boca. Pues el día de hoy, aunque no vemos estos milagros, vemos la devoción con que estos pobrecitos comulgan y el aparejo que hacen como dejamos dicho; y a lo menos hacen conocidas ventajas al común de los españoles, en que no se van luego a jugar, ni pasear, sino que se están en la iglesia la mayor parte de el día, rezando y encomendándose a Dios.

CAPÍTULO XXII. *Que trata dónde y cómo tuvo principio el sacramento de el matrimonio en estas Indias; y de lo mucho que en aquellos primeros tiempos de la conversión tenían que hacer los ministros*

EL PRIMERO QUE EN FAZ DE LA IGLESIA se casó en esta Nueva España fue un mancebo principal de el pueblo o ciudad de Huexotzinco, llamado don Calisto, y casaron a éste aquellos padres que moraban en el monasterio, antes que a otros se comenzase a administrar el sacramento de el matrimonio, porque entró a enseñarse en la iglesia juntamente con los niños; siendo ya grandecillo e instruido en las cosas de la fe y doctrina cristiana quisiéronlo despedir de la iglesia con aquella honra de enviarlo